
**Comentarios y respuestas
a *Confounding gender* de Hawkesworth
¿Quién necesita la teoría del género?**

Wendy McKenna y Suzanne Kessler

Agradecemos esta oportunidad de responder al artículo de Mary Hawkesworth. Siempre es más agradable responder a una crítica que está inserta en un análisis elogioso. Aprovecharemos esta oportunidad para reflexionar sobre nuestros propios escritos en el contexto de la teorización esencial del género que ha tenido lugar durante los últimos veinte años, pero limitaremos nuestras observaciones a algunos puntos generales y a la crítica que hace Hawkesworth de nuestro trabajo. Dejaremos a los otros autores la respuesta a la discusión que hace la autora de sus teorías.

En primer lugar, queremos aclarar la fuente de algunos términos y conceptos que empleamos y que quienes nos citan a veces confunden. Harold Garfinkel, el sociólogo que acuñó el término *etnometodología* (1967), se apropió de la descripción de Alfred Schutz de la "actitud natural" para estudiar la manera en que el sentido común entiende las acciones sociales (1964), incluida la acción de "hacer" el género. Garfinkel (no nosotras) introdujo el término *genitales culturales*. Nosotras refinamos y desarrollamos estos conceptos y tratamos de hacer accesible a Garfinkel para un público más amplio. Tomamos el concepto de "proposición incorregible" de los etnometodólogos Hugh Mehan y Houston Wood (1975) (que dan crédito a Douglas Gasking).

La esencia de la crítica de Hawkesworth es que las cuatro versiones teóricas del género que discute no proporcionan ningún método para mejorar en términos prácticos la experiencia vivida de las mujeres. Ella cree que el problema es que esas teorías feministas se basan en un marco funcionalista que "no puede eludir el espectro del determinismo biológico o de la ideología de la reproducción" (36). Además, Hawkesworth teme que las narrativas funcionalistas "sugieran un pa-

pel universal e invariable para el género" (42) y que esas pretensiones "sean contraproducentes porque significan la persistencia de la actitud natural [del género] en [nuestros] discursos" (44). Hawkesworth también sostiene que las teorías de género, incluida la nuestra, transforman al género "de una categoría analítica en una fuerza causal" y que al género "se le confiere un estatus ontológico" como proceso, fuerza, determinante o categoría mental (43).

A Hawkesworth le preocupa que las versiones funcionales se basen en la biología y la reproducción. Aun si aceptamos que la reproducción humana implica la unión de una célula de espermatozoides y una célula de óvulo, y que los individuos podrían producir una o la otra o ninguna, pero no las dos, podemos seguir planteando interrogantes. Podemos preguntar: 1) ¿En qué sentido es necesaria la función reproductiva? Y 2) si es necesaria, ¿hay otras maneras posibles de cumplir esa misma función además de los actuales arreglos de género? Nosotras decimos explícitamente en la última página del último capítulo de nuestro libro "que los 'portadores de espermatozoides' y las 'portadoras de óvulos' son una construcción tanto como lo es 'macho' y 'hembra' (pero) todos tenemos que tomar la decisión de dar algo por sentado [...] si no, sería imposible levantarnos de la cama en la mañana. Nuestra decisión ha sido parar aquí; otras personas tal vez prefieran seguir" (Kessler y McKenna, 1978:169). Por ejemplo, podría haber diez géneros, y que sólo dos de ellos cumplieran la función reproductiva (una pequeña parte del tiempo). Imaginar esos arreglos no es difícil, pero hacer que se vuelvan más que teóricos es sumamente difícil. No obstante, esto es cierto para todo cambio social y político.

Teorizar función podría desempeñar el género no transforma el género en una fuerza causal. Nosotras decimos claramente que las proposiciones incorregibles en la actitud natural estructuran la percepción, llevándonos a ver dos, y sólo dos, géneros. Está claro que no decimos que el género sea la causa de la estructura de la percepción (ni cualquier otra cosa). Lo que tratábamos de hacer, dentro de la tradición etnometodológica, era describir las prácticas interpretativas que nos permiten "ver" y "hacer" el género, y no identificar las causas relacionadas con el género de ningún conjunto particular de circunstancias culturales. El género no es una categoría mental (en un sentido ontológico). Los esquemas mentales (categorías) tienen por resultado ver el género como una categoría ontológica.

Los análisis funcionales, sobre todo si no se basan en la reproducción obligatoria, no tienen que ser “deslumbradores” y no tienen que implicar una visión del género que sea invariable o universal. Con toda seguridad, no pretendemos que el género sea invariable ni universal, y proporcionamos amplia evidencia —procedente de otras culturas y de los niños en nuestra propia cultura— de que hay muchas maneras posibles de experimentar el género. El mundo generizado que se produce podría con la misma facilidad no producirse. Los etnometodólogos sostienen que, mientras “los críticos están argumentando sobre la naturaleza de la mejor teoría del mundo social... la etnometodología está interesada en la posibilidad de que el mundo social pueda ser teorizado” (Sharrock y Anderson, 1986:105).

La propia Hawkesworth tiene un interés funcional (parcial). Ella siente que hubiéramos tenido que abordar por qué culturas particulares “causan” (*sic*) percepciones dicotómicas del género. Teorizar por qué culturas particulares tienen categorías dicotómicas del género es una búsqueda académica interesante e importante, pero el cambio es posible sin una consideración del “por qué”. Considérese la gran eficacia para algunos problemas de las psicoterapias conductistas, comparadas con las terapias psicoanalíticas. Las teorías psicoanalíticas brindan versiones más ricas de la vida tal como se experimenta que las teorías conductistas, pero si la prioridad la tiene el cambio concreto, entonces a veces un proyecto detallado de ese cambio puede provenir de una buena descripción de “lo que es” y de “cómo se sustenta” sin una respuesta a la pregunta de “por qué”.

Hawkesworth critica nuestra idea de esquema cognitivo por estar gravemente subteorizada. Coincidimos con ella hasta cierto punto. Nosotras no decimos qué clase de categoría mental es el género, y el mapa que ofrecemos es bastante esquemático. No obstante, nunca fue nuestra intención describir un “esquema de atribución del género”, el cual, si se siguiera con precisión, permitiría a cualquiera determinar o exhibir un género en particular. Aunque escribimos sobre cómo se elaboran las atribuciones de género, no sería correcto decir, como lo hace Hawkesworth, que ésta era nuestra meta. Nuestra meta era mostrar que la atribución de género es un proceso constructivo, describiendo maneras posibles en que esto se podría hacer.

Sea cual sea el tipo de esquema cognitivo con el que el género puede ser entendido en una cultura específica (y dejamos a otras per-

sonas que teoricen sobre esto), no estamos de acuerdo con la queja de Hawkesworth de que “no está para nada claro que se pueda alterar el género construido como esquema cognitivo” (41). En otro punto relacionado, a Hawkesworth le preocupa que centrarse en lo “interno” no sea suficientemente incluyente y que las estrategias transformadoras que implica nuestro análisis (y el de otros) sean “utópicas o impracticables” (681). Al dividir el mundo de esta manera, ella está naturalizando “interno” y “externo”, tratándolos como locaciones concretas, de igual manera que otros han naturalizado y concretado el género. El primer paso en la transformación viene de entender que hay otras posibilidades, tanto si se las divide en “internas” (la posibilidad de una proposición incorregible diferente) como en “externas” (la posibilidad de un acceso mayor a anticonceptivos efectivos para las mujeres).

Hawkesworth está en lo correcto cuando afirma que nosotras decimos que para transformar el género es necesario transformar proposiciones incorregibles sobre el género. Ella dice que esto no va a funcionar, que “la razón no es rival para la fe” (40). No estamos de acuerdo en absoluto. Como maestras hemos visto la potencia de la “razón” una y otra vez en el aula, si se puede entender que la razón significa entender que podría ser de otra manera. Kate Bornstein llama al género un culto (1994), pero hasta en los cultos hay crisis de fe. El éxito de “estrategias transformadoras” basadas teóricamente en la creación de estas crisis, aun cuando sólo son implícitas, como en nuestro trabajo, no es trivial. Notamos aquí que Hawkesworth discute las cuatro teorías en orden histórico inverso y no aborda la influencia (directa o indirecta) de cada teoría sobre la siguiente, aunque ella proclama que no se puede ignorar la historia.

Cuando escribimos el libro fue, en parte, para demostrar los problemas con el trabajo de la ciencia social tradicional sobre género y sexo. La construcción social del género era una idea radical. Una concepción sin base biológica del cuerpo no era parte del discurso de los “estudios de mujeres”. Contrariamente a lo que escribe Hawkesworth, el campo de las *diferencias de sexo* (no de género) “se inventó para iluminar la construcción social de la masculinidad y de la feminidad y de una manera ingenua dio por supuesto el cuerpo sexuado” (6). Una vez que se llegó a problematizar el cuerpo como parte del análisis, nacieron los “estudios de género”. Era necesario problematizar el género, era necesario verlo como una apariencia. Sólo entonces a los teóricos les podían interesar de dónde proviene y qué función cumple. En casi veinte años

desde la publicación de nuestro libro, las cosas han cambiado hasta el punto de que nuestro trabajo como crítica ahora sirve de base teórica para que otros critiquen. Podría haber sido de otra manera.¹

Coincidimos con Hawkesworth en que ese cambio práctico es de importancia capital. Pero sus preguntas sobre la teoría del género se podrían aplicar con la misma facilidad al discurso académico en general. ¿Qué sentido tiene teorizar sobre lo que sea? ¿Cómo redistribuirá esto el poder? La respuesta breve es que tal vez no, y la teoría del género podría no ser el lugar en el que buscar estrategias transformadoras sobre las vidas de las mujeres. No obstante, sabemos que describir la actitud natural ilumina otras realidades posibles. Los construccionistas sociales Bruno Latour y Steve Woolgar escribieron que “el conjunto de afirmaciones consideradas demasiado costosas para modificar constituyen aquello a lo que nos referimos como realidad” (1979:243). Cuando se reconoce profundamente esta verdad, una se ve obligada a enfrentar la participación propia en este mundo posible y puede empezar a aceptar que el cambio no va en contra de lo que se denomina “naturaleza”.

¹ La reacción inicial a nuestro libro fue mínima. A mediados de los años setenta había pocas personas con posibilidades de imaginar que en los años noventa iba a surgir un “movimiento transgénero” debido, en parte, a un argumento convincente sobre las categorías de género socialmente construidas. El gran número de transexuales que nos escribieron agradeciéndonos que hubiéramos articulado una versión de género con la que ellos podían vivir es testimonio del poder de una buena teorización.

Referencias

- Bornstein, Kate, *Gender Outlaw: On Men, Women, and the Rest of Us*, Nueva York, Routledge.
- Garfinkel, Harold, 1967, *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall.
- Kessler, Suzanne y Wendy McKenna, 1978, *Gender: An Ethnomethodological Approach*, Nueva York, Wiley.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar, 1979, *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*, Beverly Hills, Calif., Sage.
- Mehan, Hugh y Houston Wood, 1975, *The Reality of Ethnomethodology*, Nueva York, Wiley.
- Schutz, Alfred, 1964, "The Phenomenology of the Social World", en su *Collected Papers*, La Haya, Martinus Nijhoff.
- Sharrock, Wes y Bob Anderson, 1986, *The Ethnomethodologists*, Chichester, Ellis Horwood Ltd.